

TESTIGOS DE ESPERANZA

Colección “Meditaciones”

FRANÇOIS-XAVIER NGUYEN VAN THUAN

TESTIGOS DE ESPERANZA

Ejercicios espirituales dados
en presencia de S. S. Juan Pablo II

Capilla “Redemptoris Mater”
12-18 marzo 2000

DECIMOTERCERA EDICIÓN



Ciudad Nueva

1ª edición: julio 2000
13ª edición: julio 2013

Título original: *Testimoni della speranza*
© 2000, Città Nuova Editrice
Via degli Scipioni, 265 - 00192 Roma

Traducción: *Juan Gil Aguilar*

Cubierta: *Pentecostés* (detalle)
Vaticano - Capilla "Redemptoris Mater"
Foto: Aurelio y Francesca Amendola
Por cortesía de la Libreria Editrice Vaticana

Diseño de cubierta: *György Szokoly y Antonio Santos*

© 2000, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

I.S.B.N.: 978-84-89651-89-0
Depósito Legal: M-22.796-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos - Madrid
Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

A MONSEÑOR FRANÇOIS-XAVIER
NGUYEN VAN THUAN
Presidente del Consejo Pontificio
de la Justicia y de la Paz¹

Al término de los ejercicios espirituales en los cuales he tenido la alegría de participar, durante esta primera semana de Cuaresma, con mis colaboradores más cercanos de la Curia Romana, le dirijo a usted, querido hermano en el episcopado, mi agradecimiento más cordial por el testimonio de fe ardiente en el Señor que ha expresado vigorosamente a través de sus meditaciones sobre este tema tan actual para la vida de la Iglesia: «Testigos de esperanza».

He deseado que en el curso del Gran Jubileo se diese especial relevancia al testimonio de personas que «han sufrido por su fe, pagando con la sangre su adhesión a Cristo y a la Iglesia o afrontando con valentía interminables años de cárcel y de privaciones de todo tipo» (Incarnationis mysterium, n. 13). Éste es el testimonio que usted ha compartido con nosotros con calor y emoción, mostrando que, en toda la vida del hombre, el amor misericordioso de Dios, que trasciende toda lógica humana, es sin medida, especialmente en los momentos de mayor angustia. Usted nos ha asociado así a todos aquellos que, en distintas partes del mun-

¹ Carta autógrafa del Santo Padre.

do, siguen pagando un pesado tributo en nombre de su fe en Cristo.

Basándose en la Escritura y en la enseñanza de los Padres de la Iglesia, así como en su experiencia personal, en especial del período transcurrido en prisión por Cristo y su Iglesia, ha destacado el poder de la Palabra de Dios, que, para los discípulos de Cristo, es «firmeza de la fe, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual» (Dei Verbum, n. 21).

A través de su palabra fraterna y estimulante nos ha conducido por los caminos de la esperanza que Cristo nos ha abierto, renovando nuestra humanidad para hacernos criaturas nuevas y llamándonos a una perpetua renovación personal y eclesial. ¡Que el Verbo Encarnado pueda dar a todos los que aún hoy sufren para que Cristo sea conocido y amado, la fuerza y el valor de anunciar en todas las circunstancias la verdad del amor cristiano!

Querido hermano en el episcopado, confío a la intercesión materna de la Virgen María, Madre de la esperanza, su persona y su ministerio, mediante el cual usted contribuye de una forma específica, en nombre de la Iglesia, a que se instaure la justicia y la paz entre los hombres. ¡Que Ella obtenga para usted la abundancia de las gracias de su Hijo, el Verbo Encarnado!

De todo corazón le imparto una afectuosa bendición apostólica, que extendo de buen grado a todas las personas queridas para usted.

Vaticano, 18 de marzo de 2000

JOANNES PAULUS II

*A mi madre Elisabeth,
que me educó desde que estaba en su seno.
Me enseñaba todas las noches las historias de la Biblia,
me contaba las memorias de nuestros mártires,
especialmente de nuestros antepasados;
me enseñaba el amor a la patria,
me presentaba a santa Teresa del Niño Jesús
como modelo de virtudes cristianas.
Es la mulier fortis que sepultó
a sus hermanos masacrados por los traidores,
a los que luego perdonó sinceramente,
acogiéndolos siempre, como si nada hubiera sucedido.
Cuando estaba en la prisión, era mi gran consuelo.
Decía a todos: «Reza para que mi hijo sea fiel a la Iglesia
y permanezca donde Dios quiera que esté».*

INTRODUCCIÓN

DIOS ESCRIBE DERECHO
EN RENGLONES TORCIDOS

«El primer año del tercer milenio, un vietnamita predicará los ejercicios espirituales a la Curia Romana», fue lo que me dijo Juan Pablo II el 15 de diciembre de 1999.

Luego, mirándome intensamente, prosiguió: «¿tiene usted en la mente algún tema?».

«Santo Padre, no sé qué decir, estoy sorprendido. ¿Podría hablar, quizá, de la esperanza?».

«¡Traiga su testimonio!».

Confuso y conmovido, vuelvo a casa. Entro en la capilla y rezo: «Jesús, ¿qué tengo que hacer? No estoy acostumbrado a hablar con abundancia de ciencia y de teología. Tú sabes que soy un ex presidiario».

«Habla tal como eres. Haz lo que te ha dicho el Papa. ¡Con humildad, con sencillez!».

Entonces se me ocurrió preparar una comida vietnamita.

La olla es la misma, la materia también: el Evangelio de la esperanza.

Pero cambiaré el menú: usaré condimentos y aromas asiáticos y se comerá con palillos.

Trataré de hacerlo lo que mejor pueda. Pero el pobre cocinero no puede hacer absolutamente nada sin el fuego: el Espíritu Santo.

Los asiáticos no razonan mediante conceptos, sino que narran una historia, una parábola; y la conclusión resulta clara.

Así hablaron Confucio, Buda y Gandhi. Y así habla Jesús:

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó... ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo...? [...] Ve y haz tú lo mismo» (cf. *Lc* 10, 30-37).

El menú «esperanza» lo preparó un ex presidiario que se hallaba en una situación desesperada, más que desesperada: lo creyeron muerto. El pueblo ofreció por mí muchos *requiem*. Pero Dios sabe escribir derecho en renglones torcidos. Y estas misas por un difunto le han traído muchos años de vida.

Hoy, en el momento de la clausura de los ejercicios espirituales, estoy profundamente conmovido. Hace exactamente 24 años, el 18 de marzo de 1976, víspera de la fiesta de San José, me sacaron de la residencia forzosa de Cay Vong para ser sometido a un duro aislamiento en la prisión de Phu-Khanh.

Hace 24 años no habría imaginado nunca que un día, justamente en esta fecha, concluiría la predicación de los ejercicios espirituales en el Vaticano.

Hace 24 años, cuando celebraba la misa con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, no me habría esperado que el Santo Padre hoy me regalaría un cáliz dorado.

Hace 24 años nunca habría pensado que hoy, fiesta de San José de 2000, mi sucesor consagraría, precisamente en